
Oscar Ariel Cabezas

Postsoberanía. Literatura, política y trabajo

(La Cebra, Buenos Aires, 2013)

Por Ignacio Sarmiento

El reciente libro de Oscar Ariel Cabezas, titulado *Postsoberanía. Literatura, política y trabajo* (2013), es una propuesta analítica que abre interesantes puntos de fuga a una discusión que comenzó a tener lugar hace algunos años, en especial en los países que han abrazado de forma casi irrestricta el neoliberalismo como ente rector de la política y la economía. Cabezas logra articular una reflexión en la cual condensa gran parte de la producción crítica en torno al problema de la soberanía moderna, el trabajo postindustrial y las reformas neoliberales, que comenzaron a inundar el planeta a partir de la década de los ochenta. Si bien el libro busca centrarse principalmente en una discusión que ocurre actualmente en la Argentina en torno a cómo pensar el problema del Estado (postsobrano en términos de

Cabezas) en relación al neoliberalismo, lo cierto es que dada la amplitud de la reflexión y el recorrido propuesto en el texto, se convierte en un aporte no sólo para el caso “local” argentino sino también en un elemento fundamental para pensar la relación entre la política y el trabajo en términos más amplios. Cabezas retoma una idea que ya había esbozado en su artículo “Exclusión: residuos teológicos-políticos en América Latina”,¹ en el cual, al igual que en este libro, tomaba como punto de partida la propuesta de Carl Schmitt en torno a que todos los conceptos de la política moderna son conceptos teológicos secularizados. Desde esta perspectiva, el autor busca pensar la configuración misma del concepto de soberanía desde su origen moderno hasta las transformaciones que sufre en las últimas décadas

del siglo XX sin jamás perder de vista su fuerte cariz teológico.

Si se pudiese pensar en un título alternativo para este libro, este podría ser *Fragmentos para una historia de la soberanía*, puesto que, a mi parecer, una de las características esenciales en la construcción de este libro es su carácter fragmentario. Cabezas no busca recomponer una “historia de la soberanía” en términos tradicionales de un concepto político, sino más bien, generar una aproximación a diversos momentos, problemas y autores, que resultarían de altísima relevancia para entender los elementos que configuran en su esencia la soberanía moderna y las transformaciones que comenzó a experimentar a partir de los años ochenta. No obstante, pese a su condición fragmentaria, el libro se encuentra hábilmente hilado de modo que permite una lectura reflexiva continua a través de una clara línea argumentativa, a la vez que no rechaza una lectura no-lineal o parcelada.

El libro se divide en cuatro capítulos (más una breve introducción que no debe dejar de ser leída) titulados: “I. Edicto de 1492: errancia, identidad y exilio”, “II. El antiperonismo de Jorge

Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Ezequiel Martínez Estrada”, “III. Amor y soberanía en León Rozitchner” y “IV. El mito de Sísifo en Albert Camus, Charles Chaplin y Sergio Chejfec”. A mi parecer, el libro se encuentra balanceado toda vez que los dos primeros capítulos permiten establecer ciertos puntos básicos y de altísima relevancia a la hora de pensar la fundación de la soberanía moderna y los elementos que la configuran. Por otro lado, los últimos dos capítulos se adentran en pensar los problemas de lo que Cabezas denomina como la “postsobranía” y que permiten marcar el quiebre con la forma moderna de entender la soberanía.

No podemos perder de vista la cadena de significantes que acompaña al título *Postsobranía* puesto que serán sin duda estos tres elementos los que captarán la atención del texto: literatura, política y trabajo. Sin duda el orden de estos significantes se encuentra jerarquizado por el autor. Este es, ante todo, un libro proveniente de la crítica literaria que busca realzar y reafirmar el estudio disciplinar de la literatura como una práctica políticamente activa. La literatura, como todo aspecto de la vida diaria y la pro-

ducción artística, no ha estado al margen de las transformaciones políticas y económicas que se han experimentado en las últimas décadas. Precisamente a raíz de lo anterior es que ya en la introducción del libro *Cabezas* nos expone la relevancia de ésta para el estudio del problema medular del libro: “La literatura y sus tropos modernos orientados a auscultar procesos de cohesión y denuncia social también se encontrarían en proceso de descomposición en la medida que comienzan a narrar el modo por el cual la relación entre el trabajo y el capital entran en una dimensión postsoberana”.² Basándose en esta idea, el autor utilizará diversos textos literarios como una forma de dar cuenta y problematizar las nociones de soberanía y postsoberanía, poniendo un especial énfasis en las transformaciones que estas han producido en el ámbito del trabajo. El concepto de “postsoberanía”, que da título a este libro, debe ser entendido, en palabras del propio autor, como: “la soberanía absoluta del capitalismo orientado postindustrialmente y sus efectos en la desmantelación de las economías de regulación nacional-soberana”;³ esto daría lugar a un “Estado postpolítico,

despolitizado de su lugar en la relación con los procesos de emancipación social de la lógica tardía del capital, [que] debe ser aquí entendido como Estado-mercado”.⁴ En este sentido, la postsoberanía no implica una desaparición de ésta, sino más bien el dominio casi absoluto que adquiere sobre ella el mercado. Lo anterior no implica, bajo ningún punto de vista, la desaparición del Estado, puesto que este, como señala el autor, puede llegar a ser incluso más violento que en los tiempos soberanos con tal de mantener la supremacía del mercado. Así, la idea de anteponer un “post” al concepto político no busca determinar una idea cronológica de sucesión, sino, más bien, como ha planteado Nelly Richard en un reciente libro, exponer la idea del quiebre y la ruptura en términos epistemológicos.⁵

Precisamente, producto de lo anterior, es que el libro abre la reflexión, a mi parecer de forma muy acertada, con lo que sería el inicio del ejercicio de la soberanía moderna imperial: la expulsión de los judíos de la corona de Castilla en 1492. A juicio del autor, “lo que está en marcha en la expulsión de los judíos de España es en *stricto sensu* la forma po-

lítica de la soberanía moderna, la cual, en su fuerte imbricación con el discurso teológico, generará el metal con el que se va a forjar la legalidad de la violencia”.⁶ De este modo, la soberanía moderna se fundaría con el afán imperial y homogeneizador de la corona que busca generar un dominio efectivo en un territorio determinado mediante la imposición de una verdad única, la que se traduce en *una* lengua (el castellano) y en *una* religión (el cristianismo). Así, el terror de la Inquisición no es otra cosa que la persecución del error, de aquello que se desvía de la norma y que debe ser forzosamente corregido o aniquilado. A juicio de Cabezas, es precisamente este poder inquisitorial el que se encuentra en la base de toda comunidad política moderna, la que deviene ineludiblemente policial. En este primer capítulo, el autor propone una línea de análisis “marrana” muy interesante que ha comenzado a ser explotada recientemente y que tiene lugar con el rol de la lengua a la hora de pensar el exilio. No es coincidencia que el mismo año de la expulsión de los judíos se publique en España la primera Gramática española de la mano de Nebrija. Esto, a juicio de Cabezas, no

es otra cosa que el intento por establecer la verdad jurídica del castellano como la única lengua de la corona, lo que genera como consecuencia el marranismo y el exilio lingüístico interno que deben afrontar los judíos conversos (tanto los que realizan el acto con un real consentimiento como aquellos que sólo buscan permanecer en el territorio). Esto no dejará de tener su correlato en la literatura, encarnado, a juicio del autor, en el ya clásico texto de *La Celestina* como la primera obra de literatura marrana. Recogiendo los puntos anteriores, el autor establece que la soberanía moderna no puede ser pensada al margen de las relaciones inclusión/exclusión puesto que es precisamente a través de ella que se permite la vinculación del Uno-Todo al interior de la comunidad.

En el segundo capítulo, el autor realizará un importante salto espacio-temporal para situarse en la Argentina peronista de mediados del siglo XX. Uno de los objetivos centrales de este capítulo sería, a mi entender, evidenciar que no es posible (o resultaría extremadamente complejo) pensar la soberanía moderna desde fuera de la propia soberanía, y por ende, desde fuera del discurso teológico

político. Para evidenciar este punto, el autor vuelve sobre tres autores canónicos del antiperonismo (Borges, Bioy Casares y Martínez Estrada) con el fin de exponer que si bien estos escritores vieron en Perón un monstruo equivalente a Hitler y Mussolini, su rechazo y crítica nunca buscó una desestabilización de la soberanía y de lo que el autor define como la “metafísica nacional”. En esta línea, Cabezas intenta oponerse a la visión de una supuesta responsabilidad de los críticos del peronismo con relación a la instauración de un régimen neoliberal (y por ende postsoberano) tras el derrocamiento del general, señalando que en el centro de su crítica no estaba la soberanía moderna sino más bien la “gubernamentalidad” (en sentido foucaultiano) del gobierno de Perón. Así, Cabezas se esfuerza en plantear las férreas diferencias que existieron entre Perón y los líderes del nazismo y fascismo, generando un interesante giro, de la mano de David Viñas, para pensar los paralelos entre Perón y el propio Borges. Un énfasis importante de este capítulo y que es necesario señalar, es la fuerte presencia del discurso cristiano y teológico tanto en el discurso peronista

como en sus detractores. Así, vemos de qué modo se confirma el presupuesto de Schmitt que guía este texto, la política moderna como una teología secularizada. Finalmente, entendemos la importancia que le otorga el autor a revisar textos que sean anteriores a la instauración de los estados postsoberanos como un ejercicio de pensar la relación entre soberanía y capitalismo que se venía dando en Argentina algunas décadas antes de su mutación.

Con este capítulo Cabezas cierra una primera parte del libro, una vez que ha identificado dos momentos importantes en la lógica argumental del texto. En primer lugar, el establecimiento de las principales líneas e implicancias en el momento de la creación e instauración de la soberanía moderna, y luego, casi cinco siglos más tarde, una muestra de cómo esta soberanía ya ha plantado sus raíces en la política, generando que aún la crítica más férrea a un gobierno no pueda escapar de los parámetros que ya han sido delimitados. A partir del tercer capítulo, comenzamos a adentrarnos propiamente tal en lo que será la problemática de la postsoberanía. Este capítulo es, probablemente, uno

de los más complejos de seguir. Puesto que combina en una misma sección los principales lineamientos de la postsoberanía: la reflexión de León Rozitchner en torno a San Agustín (de donde deriva un concepto que será clave: La Cosa) y la teología política, entre otros elementos. No obstante, una vez terminado el capítulo (y posteriormente el libro), el panorama general comienza a ensamblarse sin mayores dificultades. El autor expone en este capítulo un problema muy relevante para pensar el escenario actual: “En nombre de la soberanía individual, el capitalismo postsoberano articula el complejo ególatra de la dominación postsoberana haciendo pasar el golpe abstracto y violento de la soberanía absoluta del capital como compromiso con la democracia y los derechos individuales”.⁷ Este punto es esencial, a mi parecer, puesto que busca ayudar a desenmascarar la fase tardía del capitalismo en tanto agente de liberación individual. El neoliberalismo, como plantea el autor, ha sido capaz de convertir todo intento de rebelión en mercancía cultural, y por ende, como bien de consumo. El neoliberalismo se adapta, incluye y es permisivo, pero con

una sola limitación vital: “Salvo la libertad de oponerse a la ley espectral en el espacio de la diversidad del capitalismo, todo está permitido”.⁸ Y es precisamente, ante esta ley espectral del padre, que el pensamiento de Rozitchner, en la lectura de Cabezas, busca oponerse. Así, el filósofo argentino sería un importante referente a la hora de identificar el carácter teológico del pensamiento político moderno y la presencia de éste en los tiempos postsoberanos. Aquella inmaterialidad teológica que domina y gobierna desde el interior y que se internaliza en el “corazón” de lo social será denominado “La Cosa”: “la construcción de un Padre abstracto para la subyugación de los cristianos. Este es el Padre inmaterial, una suerte de entelequia abstracta cuyo poder es capaz de alcanzar a cada ser vivo singular en la tierra, y cuyo control soberano es capaz de crear el espacio e inventar o detener el tiempo”.⁹ La Cosa, al igual que los Gremlin de la película de José Dante, se irá reproduciendo sin control (ni vuelta atrás, a diferencia de lo que sucede en la película) en el interior de la sociedad, marcando las pautas de dominación teológicas cristianas que dominarán el

campo político, el trabajo y la soberanía. Esta dominación teológica marcada por la “Ley del padre”, ya transvestida en leyes del capital, será contra la cual Cabezas, siguiendo a Rozitchner y Derrida, se intentará rebelar por medio del rescate de la madre *mater*-ialista.

El capítulo final de este libro opera como un punto de llegada tras un interesante recorrido. Siguiendo la lógica del capítulo anterior, Cabezas abre este capítulo situando una reflexión deslocalizada, esta vez, en torno al uso de los mitos como alegorías del trabajo industrial. Propone reemplazar la alegoría mítica de Marx de Prometeo por la de Sísifo, rescatada por Camus a mediados del siglo XX. La opción de Cabezas por este mito radica precisamente en la capacidad que le impregna Camus de despertar y darse cuenta del absurdo en el que se encuentra inmersa, en este caso, la lógica del trabajo industrial moderno. No obstante, tras esta primera discusión en torno al mito alegórico del trabajo industrial (y que se refleja en la película de Chaplin *Tiempos modernos*), Cabezas presenta el quiebre que se expresa en la postsoberanía: “En el contexto de la postsoberanía, la lengua vehicular es

capaz de traducir cualquier experiencia a signo porque opera como equivalente general, haciendo posible que lo que la sociedad postfordista acumule sea precisamente plusvalía de signo. Aquí el problema del despertar de Camus o del lenguaje de la pantomima de Chaplin como ‘subversión relativa’ quedan neutralizados porque el signo que podría expresar resistencia bajo el rótulo del lenguaje subversivo (vernacular, referencial o místico) es vehiculizado como mercancía cultural o, más precisamente, como experiencia codificada en valor signico [...] La resistencia entendida como cultura, se valoriza en término de su valor cultural para ceder en los brazos abstractos de la lógica acumulativa del capital”.¹⁰

En este sentido, en la época postfordista/postindustrial/postsoberana, se quiebra con la homogeneización de la comunidad que formaba parte constitutiva de la creación de la soberanía moderna (por medio de la creencia religiosa y la lengua), para pasar a una focalización individual en la cual todo entra, siempre y cuando no se toque el capitalismo. En otras palabras, la dominación viene dada por el rescate de la fragmentación

y también por el reconocimiento del multiculturalismo como piedra angular de la política cultural del capitalismo postsobrano.

Es precisamente esto lo que se ve reflejado en la novela *Boca de lobo* del escritor argentino Sergio Chejfec, que centra la atención de este último capítulo. La novela, en la lectura de Cabezas, permite generar un símil entre el colapso de la subjetividad del obrero postindustrial y su plena pertenencia y captura dentro de las operaciones de la máquina abstracta de lo que el autor denomina el absoluto-absoluto (Dios-Capital). La novela, a juicio del autor, evidencia la problemática del trabajo postindustrial y su vínculo ineludible con la deuda. Será precisamente la deuda la que actuará como “La Cosa” en el marco del trabajo en la postsobranía, lo que evidencia que si bien ha sido reemplazado y transformado, el pensamiento político actual no ha logrado desprenderse de su residuo teológico, lo que convierte al capital en un “culto sin dogma”. En este contexto, el obrero de la postsobranía ya no cuenta con un Estado fuerte que vele por él. Su identidad ya no estará dada por una “conciencia de clase”, sino

más bien por “la relación fuerte entre subjetividad-capital-trabajo. El obrero de la postsobranía, prácticamente, se indistingue del capital hasta el punto en que la subjetividad no es otra cosa que la identidad plena de ésta con el capital”.¹¹ Así, tras esta destrucción de la comunidad y de la subjetividad en el sentido moderno, el obrero postindustrial sólo puede ser parte de aquello que unifica a los trabajadores; es decir, de una comunidad de deudores.

Para cerrar, una de las cosas más llamativas de este libro es que, junto con identificar, a mi parecer, de forma correcta un problema clave en la teoría política contemporánea, es capaz de proponer una vía de escape o un punto de fuga. A juicio de Cabezas, la forma de acabar con el estado postsobrano (o de soberanía absoluta del capital) es generar un camino hacia la deconstrucción de la ley espectral del capitalismo, basada en la ley del padre. Así, por medio de una búsqueda de la madre *mater*-ialista, relegada y suprimida en el discurso teológico, se podría aspirar a la conformación de una comunidad. Es precisamente en este punto en que el comunismo debería cobrar fuerzas: “El comunismo

es el único lugar desde el cual el presente puede plantear una oposición a la estructura fantasmática de la historia de la explotación y negación de la *materia*. Aunque pueda liberarlo desde la acumulación abstracta del capital sígnico, la ley espectral del capital niega y reprime el fantasma del comunismo”.¹² Este comunismo, en tanto deconstructivo y múltiple, se presenta, a juicio de Cabezas, como la mejor forma de destruir la nueva epistemología política que ha insaurado la postsoberanía. En definitiva, creo que *Postsoberanía* es un importantísimo aporte a la reflexión crítica, no sólo para quienes estén interesados en la teoría política latinoamericana, sino también para todo aquel que busque acercarse a una reflexión que, si bien se

asume inserta dentro de los límites de la dominación, busca incansablemente los puntos de fuga y la forma de pensar desde los bordes.

Notas

- ¹ Cabezas, Oscar Ariel. “Exclusión: residuos teológicos-políticos en América Latina”. *Exclusión*. Eds. Felipe Victoriano and Jaime Osorio. México: Anthros y Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2011.
- ² Cabezas, Oscar. *Postsoberanía. Literatura, política y trabajo*. Buenos Aires: La cebra, 2013, p. 14.
- ³ *Ibíd.*, p. 15.
- ⁴ *Ibíd.*, p. 17.
- ⁵ Richard, Nelly. *Crítica y política*. Santiago: Palinodeia, 2013, p. 31.
- ⁶ *Op. cit.*, Cabezas, p. 29.
- ⁷ *Ibíd.*, p. 157.
- ⁸ *Ibíd.*, p. 165.
- ⁹ *Ibíd.*, pp. 178-179.
- ¹⁰ *Ibíd.*, p. 235.
- ¹¹ *Ibíd.*, p. 251.
- ¹² *Ibíd.*, p. 280.